

## CADDY, LA PUELLA ETERNA. UNA REVISIÓN CON PERSPECTIVA DE GÉNERO DE LA NOVELA *EL SONIDO Y LA FURIA*, DE WILLIAM FAULKNER.

ANA MARÍA VELÁZQUEZ ANDERSON

amvelazquez@unimet.edu.ve

Universidad Metropolitana de Caracas, Venezuela.

La primera obligación del escritor es decir la verdad

William Faulkner

### Resumen

El documento analiza la novela *El sonido y la furia* de William Faulkner desde una perspectiva de género, centrándose en el personaje de Caddy Compson. La novela refleja la decadencia de la familia Compson, que sirve como símbolo de la sociedad sureña tras la Guerra Civil y la Gran Depresión. A través de Caddy, Faulkner critica los roles patriarcales impuestos a las mujeres, mostrándola como una figura atrapada entre la búsqueda de libertad y las expectativas familiares. Caddy representa la “puella eterna”, una mujer que desafía los convencionalismos al rechazar su rol de esposa y madre tradicional, pero que no logra escapar completamente de las ataduras familiares. A lo largo de la historia, la familia Compson vive un proceso de destrucción moral y económica, en el cual las mujeres, especialmente Caddy, son víctimas de la represión social y el machismo. La novela también explora la fragmentación de las verdades individuales, pues cada miembro de la familia tiene su propia versión de la realidad, lo que resalta la complejidad de la experiencia humana. Faulkner, adelantado a su tiempo, muestra cómo la opresión patriarcal impide el desarrollo de las mujeres, subrayando las tensiones entre los roles tradicionales y la necesidad de liberación femenina. El análisis sugiere que el fracaso de la familia Compson refleja el colapso de la sociedad sureña y la incapacidad de adaptarse a los nuevos paradigmas sociales y económicos.

**Palabras clave:** puella eterna, patriarcado, feminismo, familia disfuncional, William Faulkner.

RECIBIDO: 09-07-2024 / ACEPTADO: 13-09-2024 / PUBLICADO: 22-12-2024

**Cómo citar:** Velázquez A., Ana M. (2024). Caddy, la *puella* eterna. Una revisión con perspectiva de género de la novela *El sonido y la furia*, de William Faulkner. *Almanaque*, 44, 85 - 102.

<https://doi.org/10.58479/almanaque.2024.19>





## CONTENIDO

Resumen	85
Introducción	89
Desarrollo	89
Referencias	101



## Introducción

La casa de los Compson, en Jefferson, capital de Yoknapathawpha, un lugar imaginario al sur de los Estados Unidos, fue construida cuando uno de los antepasados llegó a ser gobernador, de ahí su nombre, *The governor's House*. Con el paso de los años había sido descuidada, necesitaba pintura, arreglos y le faltaban cuadros y muebles de valor que habían sido vendidos para pagar deudas y llegar a fin de mes.

La familia Compson, con su larga tradición histórica de héroes y, también, de fracasos, se derrumba, como la misma casa, ante la implacable realidad de su ruina económica. Esta caída va unida a una caída moral. No “moral” en el sentido judeo cristiano, sino en el sentido filosófico de falta de coherencia interna, de falta de una identidad familiar. Esto les impide el desarrollo de sanas conexiones intra y extra familiares y garantiza la continuidad del sufrimiento de generación en generación.

La escritura de William Faulkner (1897-1962) plantea la experiencia central del hecho existencial en la modernidad: el fracaso. Para el autor toda realidad existe sólo en el lenguaje y este es difícil de comprender porque las palabras también han perdido sentido. En la modernidad se puede afirmar cualquier cosa y esa es “la verdad”. Para la familia Compson, protagonista de *El sonido y la furia* (1929), no hay una sola verdad sino múltiples: la de cada uno de sus miembros. Podría llamarse “el punto de vista”, pero es mucho más complejo puesto que implica para cada uno un *ethos*, una personalidad en el sentido griego, una forma de ser, una realidad interior única que no se corresponde con la de los demás.

## Desarrollo

*El sonido y la furia* muestra una familia disfuncional como reflejo del mundo. William Faulkner quiso mostrar el colapso de una familia por causas atávicas y culturales que incluían las adicciones, la promiscuidad, el suicidio, incestos, matrimonios de conveniencia, retraso mental, hipocondría. A la vez explica que esa caída es también causada por la severa crisis económica del país que expuso el racismo, el clasismo y el machismo en las atrasadas sociedades del sur de los Estados Unidos para la época y que son reflejo de todas las sociedades que en medio de las crisis muestran sus aspectos más sombríos.

Los Compson parecían estar de espaldas a la profunda problemática que vivían a diario y, también, a la problemática de un país que sufría una de las más grandes debacles económicas históricas con el “Crack” de la bolsa de Nueva York, en 1929, pero que, en el sur, se remontaba

al desmontaje progresivo de los medios de producción tradicionales de las grandes haciendas a causa de la Guerra Civil norteamericana terminada en 1865. Desconexión es la palabra clave. Se habían desconectado de sí mismos y de un país cuya crisis económica arrasaba con el estilo de vida de la aristocracia sureña, con sus productivas plantaciones y sus séquitos de trabajadores del campo.

La única forma de sobrevivir que vislumbraban los Compson en medio de su desesperanza era lograr que el hijo mayor, Quentin, asistiera a una universidad prestigiosa y se graduara de abogado y que Caddy, la única hija del grupo de cuatro hermanos, hiciera un buen matrimonio con un hombre adinerado. Hacia estos objetivos apuntaron los Compson sin pensar en las necesidades propias de este hijo y de esta hija. Se imaginaban que así garantizarían la continuidad del prestigio familiar, pero lo que pasó fue justamente lo contrario.

En el momento bisagra de la novela, cuando el chico y la chica estaban dispuestos a satisfacer los roles tradicionales asignados para ellos, ocurrió lo inesperado y todo cambió. Caddy no “calzó” en el patrón de esposa tradicional y se enamoró de un viajero, Dalton Ames, un hombre que pasaba por su pueblo y con él concibió una hija. Dalton Ames pronto la abandonó a su suerte y Caddy logró casarse con Herbert Head, un rico banquero. Sin embargo, no pudo ocultar por mucho tiempo que su embarazo era fruto de una relación anterior y Herbert Head enseguida pidió el divorcio. Por su parte, Quentin, en Harvard, atormentado por este embarazo de su hermana y por su propia falta de herramientas emocionales para romper con las exigencias familiares, cometió suicidio. La crítica de Faulkner apunta hacia el fracaso del ser humano que asume los roles patriarcales e es incapaz de ver más allá de ellos a causa de su propia angustia existencial.

En cuanto a lo femenino, la imagen que presenta el autor se adelantó a las propuestas escriturales con perspectiva de género en una época, 1929, en la cual hablar de la libertad femenina era una apuesta a la crítica tenaz. El autor, con una sensibilidad única hacia la problemática de la mujer, sujeta a los atavismos familiares, se unía a la naciente crítica feminista a los roles patriarcales impuestos a la mujer de su tiempo. Se puede revisar la obra de Faulkner con esta nueva mirada. El autor también se sale de los roles tradicionales y acepta una nueva masculinidad que rechaza la sumisión de la mujer al poder del varón y la violencia de género.

Su personaje, Candace Compson, encarnó lo único rescatable de esa familia. Era el “alma” que se negaba a participar de la degeneración del clan y que se abría paso en el mundo por sí misma. Aunque, como bien lo plantea el autor, Caddy siempre volverá a mirar para atrás para velar por los suyos. Permanecerá atada emocionalmente por hilos invisibles a los Compson. Sufrirá por años el desprecio de su madre, Caroline, y de su hermano, Jason, una gente que la rechazó tanto por el fracaso de su matrimonio como por su forma libre de vida después del divorcio, pero que necesitaba de su dinero para sobrevivir. Ese sufrimiento vio su fin cuando su hija, Miss Quentin, la bebé que le nació de su relación con Dalton Ames, que tuvo que entregar a su familia para evitar el rechazo social por ser madre soltera, creció y se sublevó contra el autoritarismo y violencia de Jason y la frialdad de Caroline durante la crianza.

Caroline aparece al principio de la novela como una madre tradicional que trató de cumplir con las exigencias familiares y sociales de su época, escogiendo un “buen partido”

para casarse, pero que no pudo continuar adelante con ese rol de “buena madre y esposa” cuando ocurrieron juntos la ruina familiar y los cambios económicos y sociales que hundieron a su país. Padecía una rara enfermedad que ella decía solo podía ser tratada con alcanfor y descanso. Por eso se aislaba en su habitación dejando en manos de Caddy y de Dilsey, su envejecida sirvienta negra, el cuidado de sus hijos y de la casa. Caroline, con su aislamiento hipocondriaco, no podía representar un modelo femenino inspirador, por lo tanto, Caddy sabía qué ejemplo seguir en la vida y se plegaba a las exigencias de sus padres.

Caddy experimentaba con las relaciones amorosas. Su fracaso matrimonial la impulsó a vivir lejos, a trabajar, a tratar de recomponer su vida con un segundo matrimonio con un magnate de Hollywood, referencia a la naciente industria del mundo del espectáculo. Quiso mostrarse como triunfadora, vivir de nuevo en el mundo de las apariencias de sus antepasados, pero, al final se dio cuenta de que ese tampoco este era su camino. Sin embargo, en medio de los errores, de alguna forma hacía realidad su sueño. Desde niña Caddy había sentido el impulso de irse del seno familiar: “Me escaparé y no volveré nunca”, dijo Caddy. Yo empecé a llorar. Caddy se volvió y dijo ‘cállate” (Faulkner, 2008).

Esa libertad de la hija divorciada no fue bien vista por los tradicionales Compson quienes comenzaron a tratarla prácticamente como a una delincuente. En esta novela William Faulkner exponía la problemática de la mujer “liberada” de su época. Hizo una gran ruptura literaria con una escritura experimental en donde exponía lo psicológico, pero, también, lo social como las causas principales del fracaso y del dolor humano. Muchas mujeres se sintieron identificadas con esta nueva propuesta, otras se escandalizaron: “En este caso, el deseo de realismo choca con otro deseo: el de la representación de papeles femeninos ejemplares en la literatura. La lectora feminista de este periodo no solo quiere ver sus propias experiencias reflejadas en la novela, sino que se esfuerza con identificarse con personajes femeninos fuertes, impresionantes” (Moi, 2006)

Ante la imposibilidad de los adultos de ordenar el mundo, surgió la figura Caddy, como la única capaz de comprender y asumir la maternidad delegada por Caroline, incapacitada psicológicamente para ser madre. Hay una crítica del autor a la falsa maternidad, una que es el resultado de un proceso tras el noviazgo y el matrimonio y no una maternidad que nace de un deseo femenino de traer al mundo a otro ser humano. De esta forma la maternidad es vista más como responsabilidad y carga que como alegría creativa. Esa responsabilidad de maternar puede ser desplazada hacia otro miembro de la familia, en este caso, hacia la niña Caddy, o hacia personal de servicio, como Dilsey. Esta, a duras penas podía con la casa y Benjy, el hermano menor que sufría de retraso mental, aunque hoy en día podría ser considerado como autismo, quedó a cargo de su hermana Caddy. Entre estos dos hermanos se dio un vínculo especial de dependencia. Sobre todo, de parte de Benjy quien, cuando Caddy huye del hogar queda desamparado buscándola en los prados que algún día habían pertenecido a la familia y que ahora eran campos de golf.

Cuando los golfistas llamaban a sus *caddies*, los jóvenes encargados de llevar el equipo de golf, Benjy pensaba en su hermana que era llamada con ese sobrenombre, recordando que: “Caddy olía como los árboles cuando llueve” (Faulkner, 2008).

La asociación con la naturaleza, característica de la narrativa estadounidense, presenta a Caddy como lo virginal que debe mantenerse pura porque simboliza la parte buena y noble de la familia. Es arquetipalmente la representación de las diosas *parthenos*, las diosas vírgenes de los griegos, ligadas a la naturaleza, un lugar de renovación contante, con sus ciclos de nacimiento, crecimiento, muerte y transformación de la semilla. Quentin, el hermano mayor, y Benjy, el hermano menor, parecen ser los únicos de la familia que se dan cuenta de la importancia de mantener este centro femenino puro e intocado. La naturaleza aparece como la vida misma y sus ciclos. En el caso de Caddy, pronto dejará el aspecto virginal para ser, primero madre sustituta de sus hermanos y, luego, madre de su propia hija. Para Quentin, por el contrario, esos ciclos marcados por el reloj que le regaló su padre son ciclos que indican la imposibilidad de la vida porque están cargados de un legado familiar funesto. Por eso se aferraba a Caddy, como Benjy, como quien se aferra a la vida que sabe que pronto abandonará porque Quentin se suicida muy joven.

Para cada uno de los hermanos, Caddy representa algo distinto. A través de la visión parcializada sobre Caddy, el autor hace uno de los planteamientos centrales de su pensamiento: no existe una verdad única. Tampoco hay una sola idea ni una sola emoción. Cada quien tiene "su verdad". La imagen de Caddy siendo niña subida al árbol de peras tratando de mirar por una ventana alta dentro de la casa donde los adultos velan a la abuela, es simbólica. Caddy muestra sin querer sus calzones manchados de tierra. Cada uno de sus hermanos reacciona de manera diferente: para Quentin es una premonición de su futura promiscuidad y se angustia, para Benjy es solo una imagen de algo escondido por la niña, una amada hermana a quien jamás criticaría porque lo quiere y cuida de él como no hacía su propia madre; para Jason, en cambio, es la confirmación de que su hermana es "sucía", porque lo femenino es algo sucio. En el personaje de Jason el autor resume el rechazo hacia lo femenino, el racismo y el clasismo propios de sociedades altamente jerarquizadas. "Lo que yo digo es que esta debería estar allá abajo en la cocina, en lugar de en su habitación, echándose pintura en la cara y esperando a que seis negros que ni siquiera pueden levantarse de una silla sin que un plato lleno de pan con carne los sostenga en pie, le preparen el desayuno" (Faulkner, 2008)

Todos opinaban sobre ella, pero Caddy no tiene voz en la novela. Toda su personalidad es construida a partir de las interpretaciones de los demás. El autor no la deja expresarse por sí misma. Es el único personaje de los cuatro hermanos que no tiene un monólogo ni un capítulo como todos los demás. Todos pueden pensar lo que quieran de ella, menos ella misma. De esta forma el autor expone y abre el debate a las diversas interpretaciones de lo femenino en la sociedad patriarcal en la que la mujer constantemente ha sido silenciada.

La mujer aparece en *El sonido y la furia* como una figura que debe aceptar la proyección de los demás y debe cumplir con ciertos roles predeterminados, por eso está despersonalizada: cambiante, variable, amorosa, promiscua a veces, madura y sabia, otras veces, dependiendo de cuál ha sido la experiencia de cada quién con lo femenino.

Así mismo, el autor resalta la marginalidad de la mujer dentro del grupo familiar y, por extensión, en las sociedades modernas. Es la ceguera hacia el importante rol de la mujer tanto en la cohesión familiar como en la construcción de sociedades inclusivas y avanzadas. Faulkner



no elaboró una teoría sobre esa marginalización, pero colocó a Caddy en una situación inferior a sus hermanos y, a la vez, paradójicamente le dio el papel de mayor relevancia dentro de la familia.

Esa posición de inferioridad la explica la doctora Linda Schierse Leonard con el arquetipo de la *puella* eterna. Es la mujer que es una adolescente eterna, rompedora de esquemas, buscadora de su libertad, experimental, inmadura, con falta de seguridad en sí misma, incapaz de producir y de lograr su empoderamiento. Su respuesta emocional siempre es inadecuada. Se espera de ella que sea una “niña grande”, que no desarrolle el tope de su potencial femenino, que se mantenga atada a las figuras primarias de la autoridad, como son el padre y la madre dentro del hogar, bien sea una autoridad severa o una negligente, incapaz de sentar límites y que conduce a la hija a excesos o a desarrollar una personalidad fragmentada.

Otra forma de manifestación del arquetipo de la *puella* eterna podría darse al experimentar el padre ausente. Esto causa una herida que va a conducir a la repetición de patrones de conducta inadecuados. La herida proviene también de la sociedad patriarcal, parece decir Faulkner, que ata a la mujer a las figuras de la autoridad colectiva o institucional. Caddy sufre dentro de su hogar, pero también lo hace al chocar con las normas y expectativas de una sociedad que no comprende su necesidad de libertad.

“Lo femenino es una expresión que muchas mujeres están redescubriendo y volviendo a utilizar, basándose en sus propias experiencias. Las mujeres han empezado a darse cuenta de que los hombres han definido su feminidad mediante sus expectativas conscientes y condicionadas por la cultura con respecto al rol de la mujer, y mediante sus proyecciones inconscientes sobre las mujeres” (Leonard, 2005).

Caddy es una figura fundamental en la novela de William Faulkner. Este personaje recibe tanto las proyecciones del cerrado mundo familiar como las expectativas de un afuera profundamente convulsionado por la crisis económica que sacudía las bases de la sociedad. En ambos, ella asumía roles inadecuados al plegarse a las expectativas de los demás. La misma neurosis familiar de la madre, del padre y de los hermanos, la llevó a tratar de escapar mediante el establecimiento constante de vínculos secretos con amantes de paso a quienes apenas conocía. Se estableció así un modelo de conducta que la guiaba directamente al fracaso. Quizás un fracaso deseado para poder escapar con algún viajante. Así explica Faulkner el fracaso de Caddy, muy distinto al de su madre, Caroline. En esta última, el fracaso se traduce en atascamiento e inacción, en enfermedad imaginada, en su hija es una grieta que permite el paso hacia una nueva conciencia.

Caddy no conocía otra forma de ser mujer. Se dejará llevar como una marioneta en una representación falsa o parodia de lo que es “la familia”, para luego fracasar. A los pocos meses de nacida su bebé Quentin, cuyo nombre es el mismo que el de su hermano mayor, volvió al hogar y entregó a la niña al cuidado de Caroline y Jason III, su padre, sabiendo que ambos eran inadecuados para ocuparse de una criatura. Será la vieja Dilsey la encargada de cuidar a la niña. Al morir su padre, su hermano Jason tomó a su cargo el control del dinero que entraba a la casa, principalmente por la venta de parcelas de terreno de la amplia propiedad de los Compson y, también, y no menos importante, por las remesas que enviaba Caddy para su

hija. Jason tuvo la ambición de enriquecerse con estas remesas y con negocios turbios en el mercado accionario. De esta forma confiscó para sí todo el dinero que entraba alegando que como él trabajaba en una tienda, era suyo.

Como por destino, Caddy, a través de su hija, Miss Quentin, volvía a vivir el tormento que le causaba su familia. Imposibilitada para verla porque se la negaban, Caddy veía repetirse en la niña el mismo abandono que ella sufrió aunado a la violencia de su hermano Jason para con la niña que se convertía en una joven muy rebelde. No decía nada, no reclamaba aquella injusticia. Volvía a surgir el “pacto secreto” que hacía años había establecido Caddy con los miembros de su familia, pacto que le enseñó su padre.

Jason III, el padre, fue un hombre que se sentía abrumado por la llamada “vida familiar”. Para él esta era una apariencia y no una elección consciente. Esta es una crítica recurrente en Faulkner: la gente que prefiere vivir en el mundo de las apariencias antes que afrontar la realidad.

Descendiente de una importante familia aristócrata del sur, heredero de grandes predios, Jason Compson era un brillante abogado que nunca se atrevió a ejercer su profesión más allá de lo esperado para un perfecto caballero sureño quien se supondría que tendría clientes adinerados que le contrarían exclusivamente por asuntos de herencias y de tierras. Llegó la crisis haciendo añicos la fortuna de los hacendados y él fracasó en su proyecto de vida por el mismo cambio de modelo económico que aún los Compson se negaban a aceptar. Jason III se entregó a la bebida y a la venta de parcelas de tierras para sostenerse. Era el último eslabón con la riqueza familiar y ahora representaba la caída:

...pasaba el día sentado con una botella de cristal tallado llena de whiskey y una camada de Horacios y Livios y Catulos con orejas de perro, componiendo (se decía) satíricos y cáusticos panegíricos sobre sus conciudadanos tanto vivos como muertos, quien vendió el resto de la finca, excepto el fragmento que contenía la casa y el huerto y los semiderruidos establos y una cabaña para los criados en donde vivía la familia de Dilsey, a un club de golf por una cantidad al contado con la cual su hija Candace pudo celebrar su boda en abril y su hijo Quentin pudo terminar un curso en Harvard y suicidarse el siguiente junio en 1910... (Faulkner, 2008).

Lejos quedaba el consumo social de las fiestas y reuniones. La bebida de Jason junto al aparador donde guardaba el licor, era oscura, silente, dolida, como la sombra que parece impregnar su hogar cada noche. Veía su fracaso como un destino adverso y adelantaba la enfermedad y la muerte como una forma de escape de un mundo que había dejado de comprender.

Una de esas noches de bebida, la niña Caddy lo encontró sirviéndose de la botella. Entonces Jason le indicó con la mirada y con un gesto de la mano que debía callar: “silencio, silencio” (*hush hush, Caddy*) (Faulkner, 2008). Y así convirtió a Caddy en cómplice de su vicio. La hizo partícipe de su drama de consumo, una forma de perversión que deja huellas en la psique de la niña.

De modo similar mi padre ahogó su magia en el alcohol. Me dio su magia y esa era la parte positiva de su legado. Pero como lo vi cambiar, también vi como la magia se convertía en degeneración. Primero reaccioné negando esa promesa mágica con mi intento de controlarlo todo. Y después, cuando el control comenzó a resquebrajarse, me identifiqué con el lado autodestructivo de mi padre” (Leonard, 2005).

En ese momento, Caddy perdió fe en el mundo de lo masculino. El padre es el encargado de darle sentido al mundo, pero Jason III, demasiado sumido en su fracaso, era incapaz de hacerlo. Nació la herida en su hija junto con la necesidad de “no crecer”, de seguir siendo la *puella* eterna, la “niña de papá”, para no tener que reconocer la dolorosa oscuridad del padre que se extenderá a todo lo masculino y que la hará buscar incansable y equívocamente un amante protector que encarne el papel de un padre que le falló de niña. “A muchas de mis clientas les he oído contar mi propia historia: la experiencia de un padre alcohólico que desemboca en una desconfianza hacia todos los hombres, problemas de vergüenza, culpabilidad y falta de confianza en uno mismo” (Leonard, 2005).

William Faulkner, anclado en la modernidad y en el uso del lenguaje, elaboró para Jason III un discurso que lo hacía detestable. Este personaje muestra un mundo vano, sin sentido y fútil, así podía justificar su alcoholismo. Jason no hablaba de sus problemas financieros ni mucho menos emocionales. Nunca los reconocía. Era la sociedad lo que lo hacía entrar en conflicto, era la política, era la economía, era la escasez de clientes para su bufete de abogado. Él no quería ejercer su profesión, le faltaban clientes y los que tenía solo querían traspasos de tierras y de herencias. Para él era un fastidio y no llenaba la expectativa de logros por haber sido descendiente de estadistas y de hombres de guerra. Se paraliza en su consumo, deja de ejercer su profesión y bebe. Estos aspectos de parálisis hacen daño al individuo, y más aún en sociedades cambiantes hacia sociedades más complejas donde pronto el consumidor se sentirá completamente perdido.

Jason III peleaba mucho con su esposa, desvalorizándola en su discurso: “No seas estúpida” (Faulkner, 2008). Por su parte, Caroline mostraba una especie de locura trágica que la obligaba a hablar siempre como protagonista de una obra de teatro, con frases hechas y amaneradas. Era una neurosis que se ponía de manifiesto en el discurso. El lenguaje que usaba Faulkner para cada uno de sus personajes era simbólico. Mostraba sus subjetividades.

La victimización era la marca de Caroline: “¿Es que no sabes lo que dicho el médico? “Mírame, yo también sufro, pero no soy tan débil como para suicidarme con whiskey” (Faulkner, 2008), en otras palabras: “yo soy mejor que tú”.

A esto, Jason respondía con cinismo. “La próxima vez me vas a traer un cura” (Faulkner, 2008). Entonces Caroline se echaba a llorar y Jason bajaba al aparador adonde guardaba el whiskey.

En este corto intercambio se pone de manifiesto la ira oculta de Caroline y su desprecio hacia su marido. Este desprecio tenía que ver con el dinero: ahora Jason no era un buen proveedor y ella no podía vivir la vida de tardes de té y reuniones sociales que ella deseaba. Lo

llama “débil”, no por su bebida, sino por no poder proveer. Es decir, que si proveyera y tomara no pasaría nada. He ahí su hipocresía.

El alcohólico Jason ya no puede trabajar. Su maltrato hacia su esposa proviene tanto del rechazo al rol de “jueza de la vida” que esgrime Caroline cada vez que hay un enfrentamiento entre ellos, pero, básicamente, porque el alcohólico, el consumidor de cualquier droga, pierde todo vínculo familiar y social. Es incapaz de mantener relaciones significativas con nadie. No tiene amigos ni enemigos, solo relaciones superficiales que bien le acompañen en su consumo o, al menos, no lo impidan ni critiquen. La única amiga del alcohólico es la botella.

Por su parte, Caroline refleja el mundo dividido en dos: “los de adentro”, su familia inmediata, “los de afuera”, el resto. La frontera es invisible e inamovible y marca la vida del clan. Todo *outsider*, el de afuera, es peligroso. Esto hará que los hijos sean incapaces de relacionarse con nadie más sino entre ellos mismos.

La autoridad, al igual que la ira, la “furia” en el título de la novela, pasa constantemente de un miembro de la pareja a otro, cada uno evadiendo sus emociones y sus responsabilidades para con los hijos varones y para con Caddy. Parecen decirse uno al otro: “Yo no me puedo encargar de los muchachos porque estoy tomando, yo no puedo tampoco porque estoy enferma”.

Así establecen una relación de reto a ver quién se somete y quién se queda con el poder. Incluso cuando Caroline le pide a Jason que ponga a dormir a los hijos porque a ella le duele la cabeza, Jason llama a Dilsey, la sirvienta, para que lo haga. Es un claro reto a las demandas de su esposa: él no se dejará someter.

Cuando la pareja llega a un punto de quiebre, aparece Caddy para tomar el control y organizar el mundo (o, a veces, Dilsey). Así la pareja se lava las manos y cada uno se va a lo suyo. A veces, Caddy, aún de niña, es la ayudante de Dilsey, a veces es Dilsey la que la ayuda a ella. Por ejemplo, Caddy se acuesta en la misma cama con Benjy para que este no llore y Dilsey pone una tabla entre los dos para evitar un posible incesto porque sabe que este está rondando en la familia desde hace tiempo. Sospecha que el retraso de Benjy es el resultado final de alguna endogamia familiar del pasado, de algún cruce de sangres con familiares cercanos.

Faulkner apunta a una infancia mal vivida como base de muchos problemas sociales y de relaciones humanas. Son infancias caóticas en núcleos familiares absorbentes donde se desarrolla la “personalidad del superviviente”, una personalidad ligada a la imagen bíblica de Moisés rescatado de las aguas y ayudado por extraños para poder encontrar su salvación más adelante. Así se activa el eje víctima-salvador(a). La víctima necesita ayuda, pero, a la vez, siente que puede “salvar” a los demás mediante una intervención que lo coloca a la altura de lo divino. Es un poder omnipresente e inmenso que sólo es percibido por el individuo en sus acciones de “rescate” del otro, de la otra. Este rol es determinante de las acciones e implica una inadecuación a la vida pública. En la familia puede servir como principio unificador, pero en las sociedades crea relaciones de desigualdad difíciles de mantener.

Dentro de la casa, Caddy es una figura central. De niña había conocido la sombra de la familia, pero debía callar. No solo la sombra de su padre Jason, sino de su madre, Caroline, siempre enferma, y de la relación confusa y violenta emocionalmente que mantenían entre ellos. Caroline consideraba a su marido un inútil porque no había mostrado el logro económico que se esperaba de él, sin darse cuenta de que la sociedad tradicional de la que ellos provenían se derrumbaba a su alrededor y que ambos eran incapaces de aceptar y de asumir el cambio. Ambos eran culpables, pero solo la niña se daba cuenta.

La hija vio de primera mano el desprecio de la madre por su padre y eso sembró aún más desconfianza hacia los hombres y hacia las relaciones amorosas en general. De esta forma el mensaje que se le daba era que ella solo funcionaría en el ámbito de su familia de origen. Eso la incapacitó para la felicidad y para la formación de un hogar propio.

Otro aspecto que también es importante es la herida materna que vio Caddy en su hermano Benjy, el retrasado. Caroline no lo quería porque lo consideraba una mancha en un mundo de tanta exigencia social. Benjy exponía el pecado de una familia que debería ser perfecta y, por tanto, no era digno de amor ni de cuidados. Ese “pecado” tenía que ver con relaciones incestuosas en las generaciones anteriores. Caddy reaccionó a esta injusticia con compasión y se hizo cargo de él desde niña, entendiendo el desamparo de ese ser humano que no comprendía lo que le pasaba. “Qué pasa, Benjy, dijo Caddy, díselo a Caddy. Ella hará lo que sea. Anda” (Faulkner, 2008).

Así mismo, Caddy reconoce una cercanía casi incestuosa de su hermano Quentin. El joven universitario estaba lleno de angustia, de miedos a la separación de la familia, a perder a su hermana o a que esta se perdiera en la promiscuidad con los viajeros nocturnos que llegaban al pueblo. Veía una sombra en los espejos en los que aparecía la imagen de su hermana. Quería proteger “su honor” ante los constantes amantes de paso a los que se entregaba la chica, pero era tanta su ansiedad que rayaba en lo incestuoso. Incluso llegó a proponerle a Caddy que dijera que su embarazo precoz era de él, algo a lo que la chica se opuso vehementemente.

Por último, ella había visto la maldad y ambición de Jason, el tercer hermano. No confiaba en él cuando le entregaba el dinero para el mantenimiento de su hija. Intuía que no lo gastaba en la niña, sino que fingía ante su madre que él mismo lo había ganado para echarle en cara a los demás que “él mantenía” a la familia. También sabía, o presentía, que Jason guardaba para sí una buena tajada de cada remesa. Caddy aceptaba esta situación tal como había tenido que aceptar otros tantos aspectos sombríos de su familia porque era imposible para ella velar por su propia hija. Al menos, así lo vivió ella en su época y por los muchos complejos que la incapacitaban para luchar.

Caddy, en su complejo víctima-salvadora, se veía a sí misma como la víctima sacrificial y a la vez como la “heroína” que rescatará a su gente (como Moisés a su pueblo bíblico). Pasaba de un rol a otro de acuerdo con la circunstancia. Así seguía atada a su rol de *puella* eterna. Cuando se casó con el banquero Herbert Head, lo hizo pensando en la seguridad de su hermano Benjy, en su futuro cuando fuera mayor, y en la seguridad de su padre, Jason III, para que tuviera una pensión digna en sus años de vejez. Como “mujer guerrera” tendrá el poder de revertir el orden distorsionado de su familia y poner a girar la rueda del destino a su favor. Se

engañaba porque ninguno de los miembros de su familia estaba dispuesto a “dejarse salvar” por ella. Solo esperaban sus envíos para complacer las expectativas económicas inmediatas, pero más allá de esto su lucha/sacrificio era en vano.

Parece decir el autor que el rol de la víctima/heroína dentro del hogar hace que, al crecer el niño, la niña, tome decisiones erróneas y autodestructivas. Una de las peores decisiones que tomó Caddy fue entregar a su única hija, recién nacida aún, al hogar del cual ella había escapado, una gran incoherencia porque estaba entregando a otra víctima sacrificial para ser destruida por las fuerzas atávicas de los Compson. Sin embargo, de esa forma mantuvo el papel de víctima principal. Al crear un lazo de responsabilidades económicas con los Compson, pero sin ningún intercambio de afecto, ni siquiera el derecho de ir a ver a su hija cuando quisiera por prohibición expresa del padre y, al morir este, de la madre, Caddy se condenó al dolor.

La gente del sur de los Estados Unidos parecía irse quedando atrás en el naciente y pujante país que vería la llegada del siglo XX ya como una potencia mundial en la producción de bienes de consumo y en las finanzas. En el sur, la gente no comprendió el nuevo mundo que les había tocado vivir, los nuevos paradigmas que surgieron. Se mantuvo apegada a las costumbres excluyentes, pero sobre todo se quedó apegada al dolor ancestral que resumía todo el fracaso de las generaciones pasadas. Los Compson son el paradigma de este fracaso. Todo lo que ideaban o hacían fracasaba. El autor confronta así a sus personajes con la *agonística*: la lucha por la supervivencia que es propia del vivir cotidiano en el mundo occidental. Muestra así el sentido trágico de la existencia.

Es obvio ver, a través de la historia, que la familia, la sociedad y lo colectivo han exigido y se han interesado solamente por el triunfo. Parece como si en la confusión que crea la necesidad de sobrevivir, -la supervivencia-, el triunfo fuera lo más extremo del polo luminoso que vive en hombre occidental. Esta polarización ha dejado rezagado el polo opuesto, donde ha quedado sepultada gran parte de nuestra naturaleza, sin darnos cuenta de que sobrevivimos si tenemos conexión con nuestra naturaleza, si podemos lograr que ella sea la rectora de nuestra propia supervivencia. Visto desde la polarización que conlleva la conciencia colectiva, cuando cae bajo el término fracaso está reprimido y descartado” (López Pedraza, 2000).

La falta de conexión con la propia naturaleza, más aún cuando ocurre el fracaso, impulsa el problema de la evasión a través del alcoholismo, de entre muchas adicciones que existen en el mundo moderno: la adicción al trabajo (del “*workaholic*”), al consumo de alimentos procesados, a las drogas ilegales, a la promiscuidad, la adicción al juego (la ludopatía), entre otras. Faulkner entendía la amargura que deja en los miembros de una familia cualquier consumo de cualquiera de sus miembros. Aún más grave si es el padre el consumidor ya que produce la inadecuación a la vida pública porque condena a los miembros a familia a esconder “el secreto”, a mentir por el otro, la otra, y convertirse así en cómplice y a normalizar el consumo.

En todas las familias hay códigos no escritos, códigos de comportamientos deseados o indeseados que se conocen en silencio, sin que nadie los tenga que recordar. En la

conformación de la familia del adicto, de la adicta, se dan unos patrones distintos. Se favorece la restricción de las emociones en resguardo de la paz de la familia. Esos patrones representan unas cargas muy grandes que los hijos, las hijas, a medida que crecen, asumen como propias. Los jóvenes deben ser exitosos y las mujeres adineradas, aún a costa de sus emociones y de sus verdaderos deseos, pero siempre fracasan porque están escindidos entre lo que sienten y lo que “deben sentir”. Negar las emociones aparece entonces como necesidad de mentir, de hacer cosas ocultas, tras bastidores: la promiscuidad de Caddy, el latrocinio y adicción a las apuestas de Jason, la enfermedad imaginaria de la madre, Caroline, la planificación al detalle de un suicidio, como Quentin.

Los hijos y las hijas pueden quedar simbólicamente presos del hogar donde ha habido consumo y se siguen comportando toda la vida como niños y niñas en espera de que el padre se ponga a tomar y los desampare a su suerte o, a veces, que se ponga violento, o haga y diga cosas fuertes, que fue lo que pasó con Quentin cuando las palabras del padre al regalarle un reloj familiar lo empujaron al suicidio. “Era del Abuelo y cuando Padre me lo dio dijo, Quentin te entrego el mausoleo de toda esperanza y deseo...(...).Porque nunca se gana una batalla. Ni siquiera se libran. El campo de batalla solamente revela al hombre su propia estupidez y desesperación, y la victoria es una ilusión de filósofos e imbéciles” (Faulkner, 2008).

La familia del adicto es una familia adicta. El alcohol es el principio organizador de la vida doméstica. Son familias con comportamientos adaptativos que con el tiempo se vuelven destructivos (rescatar, retraerse, escapar, retraerse, volver al rescate). Y la familia va a tratar de mantener la estabilidad, va a tratar de salvarse creando “chivos expiatorios” dentro de ella misma.

Caddy ha firmado un pacto con la familia desde su primera infancia: mantener la coherencia y la unidad. Ella es el principio organizador, el alma, aunque el padre y su alcoholismo ejerzan un control emocional de ocultación: “*hush, hush*, shhh, shhh, aquí no está pasando nada”. Es un poder autoritario y coercitivo que impide el libre crecimiento y la correcta maduración de las emociones a fin de que los hijos puedan salir al mundo y buscar su propio sentido a la vida.

La *puella* eterna es la mujer que se queda siempre siendo una muchacha. Caddy recorrerá el mismo juego de seducción y abandono muchas veces, con distintos hombres, repitiéndose una y otra vez en una experiencia recurrente y neurótica. Más adelante, en el Apéndice, el autor explicará que llegó a casarse con un director de Hollywood y, luego, se marchó a Europa. Caddy, como la joven inmadura, verá siempre la posibilidad de felicidad, “allá sí seré feliz, más adelante, en el futuro”.

La visión de Faulkner sobre su propio personaje, en unos comentarios que el autor hace al final de la novela, en el Apéndice, es la siguiente

...estaba maldita y lo sabía, aceptó el destino sin buscarlo ni esquivarlo. Se casó embarazada de dos meses, de un bebe a quien Quentin y ella ya le habían dado el nombre de Quentin, fuera hombre o mujer, se casó en 1910, con un joven de Indiana “extremadamente deseable” a quien había conocido en unas vacaciones, se divorció

en 1911 a petición del marido. Se casó en 1920 con un rico magnate de Hollywood. Se divorciaron de mutuo acuerdo en 1925. Desaparecida en París por la ocupación alemana, en 1940, era todavía hermosa y posiblemente rica. Chantajeada por Jason jamás volvió a la mansión de los Compson” (Faulkner, 2008).

Después de su huida a Europa, no se volvió a saber de Caddy hasta que encontraron una foto de ella en el periódico. Estaba en una calle de Marsella, la más rica del comercio, en un descapotable, con un pañuelo fino de seda cubriendo su cabeza, un abrigo de piel de foca, era una mujer sin edad y con un hombre esbelto a su lado con medallas de alto grado del Estado mayor alemán.

Caroline, por su parte, envejeció intocable, sin permitir la entrada del conflicto de los hijos a su habitación de enferma. Si llegaban a alcanzarla, se descomponía. Al final dejó el poder en manos de Jason, el peor de sus hijos, y este se convirtió en un terrible ser que lo ejercía sin control sobre los más débiles. Al fallecer su padre, mandó a castrar a Benjy, reprimió, persiguió, maltrató y amenazó a Miss Quentin, ya una adolescente, a quien odiaba porque representaba para él otra mancha al honor familiar, al igual que Benjy. Caroline dio la espalda a todo esto. No defendió ni a su hijo ni a su nieta. Hizo como Poncio Pilatos. Esa Semana Santa en la que ocurre toda la novela de Faulkner, Caroline condenó a Miss Quentin y se lavó las manos. Esta, sabiéndose condenada, huyó de la casa de los Compson con un novio que trabajaba en un circo y con un botín que logró sustraer de la habitación de su tío Jason: el dinero que su madre había enviado siempre para ella.

Jason culpa a Miss Quentin de toda una vida miserable. Busca un chivo expiatorio, como en su momento fue Caddy, para poder lidiar con el malestar propio de una existencia desgraciada: “La zorra que me dejó sin empleo, sin la única oportunidad que he tenido de salir adelante, que acabó con la vida de mi padre y que está acortando la de mi madre día a día y que ha convertido mi nombre en el hazmerreír del pueblo” (Faulkner, 2008), contestó Jason al alguacil soltando la rabia por el fracaso del plan de la familia al casar a Caddy con un rico banquero.

Ese Jueves Santo, el día de la tortura de Cristo, se termina el ciclo de maltratos en el hogar de los Compson hacia Caddy y hacia su hija, Miss Quentin. Aparece la imagen de la transformación a través del dolor, una transformación crística. Ese día Miss Quentin huyó del hogar y reapareció el domingo de Pascuas, como Cristo, en otro pueblo. Ya Caddy no encarnará más la *puella* eterna sino una mujer que ahora buscará hacer su vida por su cuenta en el exilio.

Miss Quentin también se libera y cambia el yugo familiar por el amor en un proceso de recuperación psíquica. Como crítica a la religión, Faulkner no la hizo resucitar al lado del Dios padre, que sería Dalton Ames, sino al lado de un hombre que trabajaba en un circo itinerante. Irreverente como era Faulkner, interpretó la resurrección como una “reinención” pragmática de la persona para poder adaptarse a los cambios necesarios en la vida.

Así la hija rebelde cerraba el ciclo de sufrimiento de Caddy. El padre fue desacralizado y el secreto que había sido obligada a guardar de por vida perdió importancia. El artista de circo que



su hija, Miss Quentin, aceptó como pareja, es una imagen simbólica de lo masculino creativo e irreverente que va por la vida asumiendo el constante cambio. Hubo una redención porque la herida de lo femenino se transformó. Caddy ahora ya no tendrá necesidad de mantenerse atada al núcleo familiar ni a establecer más relaciones falsas o con el fin de mantener las apariencias. El escape de su hija fue un acto de valentía que liberaba el intrincado nudo de las relaciones familiares hostiles y le daba a ella un cambio de rol.

William Faulkner se adelantó a los estudios sobre la mujer con este gran personaje, Caddy Compson, un personaje especular de la sombra familiar y que, sin embargo, era el centro y la coherencia de la vida. No se puede hablar de una mirada de género en el autor ya que la novela fue publicada a principios del siglo XX, aún muy incipientes las luchas feministas. Sin embargo, el autor sí comprendió profundamente la problemática femenina y trató de mostrar la injusticia que significaba la vida tradicional de las mujeres del sur de los Estados Unidos en su época y reflejó en su novela la vida de muchas mujeres atrapadas en roles castradores e infantilizadores en sociedades atrasadas. Quiso mostrarles diferentes salidas, criticó la discriminación, el clasismo, pero sobre todo el machismo y la necesidad de sumisión de la mujer para garantizar el buen funcionamiento de un modelo social que al final resultó ser un gran fracaso.

Al ocurrir la separación final de su grupo familiar, Caddy puede al fin sanar la herida. Sin embargo, todas las posibilidades quedan abiertas. Una vez regresó al hogar con una niña recién nacida, quizás volverá en el futuro para ayudar a su madre, Caroline, a bien morir, o a velar por el sufriente Benjy quien, al final, había sido internado por el cruel Jason en un sanatorio público parecido a una prisión en donde Benjy gritaba con desespero todos los días.

Los vínculos familiares son difíciles de romper, parece decir Faulkner, del sur, metáfora del pasado, es difícil escapar. Caddy con su bondad y su belleza, con sus inseguridades y su grandeza, con su propio mundo a cuestas, habrá cruzado muchos puentes antes de regresar, si lo hace, al origen de la herida, Jefferson, y entonces ya nada será igual.

## Referencias

- Faulkner, W. (2008). *El sonido y la furia*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Leonard, L. (2005). *La mujer herida*. Barcelona: Ediciones Obelisco.
- López Pedraza, R. (2000). *Ansiedad cultural*. Caracas: Festina Lente.
- Moi, T. (2006). *Teoría literaria feminista*. Madrid: Ediciones Cátedra.

